

de besos y de sollozos, daba vueltas extraviada, se arrancaba el pelo, lanzaba gritos, y se dejó caer en el borde del diván, donde permaneció con la boca abierta, y una oleada de lágrimas caía de sus ojos fijos. Luego le sobrecogió un embotamiento y todo quedó tranquilo en la habitación. Los muebles andaban tirados; dos ó tres toallas; andaban también por los suelos; dieron las seis; se apagó la lamparilla.

Federico, mirando todo aquello, creía casi soñar. Su corazón se apretaba de angustia. Parecíale que aquella muerte no era más que un principio, y que detrás de ella había una desdicha más grande próxima.

De repente, Rosanette dijo con voz tierna:

—Le conservaremos, ¿no es verdad?

Deseaba hacerle embalsamar. Muchas razones se oponían á este propósito. La principal, según Federico, era que la cosa no podía practicarse con niños tan pequeños; valía más un retrato; idea que ella adoptó. Se escribieron dos letras á Pellerin y Delfina corrió á llevarlas.

Pellerin llegó á seguida, queriendo borrar con aquel celo todo recuerdo de su conducta. Primero dijo:

—¡Pobre angelito! ¡Ah, Dios mío, qué desgracia!

Pero poco á poco, dominándole el artista, declaró que no podía hacerse nada con aquellos

ojos borrados, aquella faz lívida, que era una naturaleza verdaderamente muerta, que se necesitaría mucho talento, y murmuraba:

—No es fácil, no es fácil.

—Con tal que sea parecido—objetó Rosanette.

—Me río yo del parecido ¡abajo el realismo! El espíritu es lo que se pinta. Déjenme ustedes. Voy á tratar de figurarme lo que esto debía ser.

Y se puso á cavilar con la frente en la mano izquierda, el codo en la derecha; luego dijo de repente:

—¡Ah! una idea ¡un pastel! con medias tintas en color, pasadas casi á flor, puede obtenerse un hermoso modelado, en los bordes solamente.

Y envió á la doncella por su caja; después con una silla á los pies y otra cerca, empezó á trazar grandes rasgos, tan tranquilo como si hubiera trabajado en el modelado. Elogiaba los San Juanitos de Corregio, la infanta Rosa de Velázquez, las carnes lechosas de Reynolds, la distinción de LaUrence, y sobre todo, el niño de largo cabello que está en las rodillas de Lady Glower.

—Y por otra parte, ¿puede darse nada más encantador que esos escorzos? El tipo de lo sublime (Rafael lo ha probado en sus madonas) es quizás una madre con su hijo.

Rosanette, que se ahogaba, salió; y Pellerin dijo al punto:

—¿Sabe usted lo que pasa... con Arnoux?

—No; ¿qué?

—Así debía acabar; eso es aparte.

—Pero ¿qué es ello?

—Quizás á estas horas se halle... Perdone usted.

El artista se levantó para subir la cabeza del pequeño cadáver.

—¿Decía usted?—repuso Federico.

Y Pellerin entornando los ojos para tomar mejor sus medidas, contestó:

—Decía, que nuestro amigo Arnoux quizás se halle á estas horas preso.

Y después, con aire satisfecho:

—Mire usted un poco. ¿Es esto?

—Sí, muy bien. ¿Pero Arnoux?

Pellerin dejó su lápiz.

—Por lo que he podido comprender, se encuentra perseguido por un cierto Mignot, íntimo de Regimbart, buena cabeza este ¿eh? ¡Qué idiota! Figúrese usted que un día...

—No se trata de Regimbart.

—Es verdad. Pues bien, Arnoux debía reunir para ayer por la noche, doce mil pesetas, sino estaba perdido.

—Puede que haya en eso exajeración—dijo Federico.

—De ninguna manera; me parece el asunto grave, muy grave.

Rosanette volvió en aquel momento con los párpados enrojecidos, ardientes como placas de pintura, se acercó al dibujo y miró. Pellerin hizo un gesto que significaba que se callaba por ella; pero Federico sin hacer caso, añadió:

—Sin embargo, yo no puedo creer...

—Repito que le encontré ayer,—dijo el artista—á los siete de la noche calle Jacob. Hasta tenía su pasaporte, por precaución; y hablaba de embarcarse para el Havre, con toda su gente.

—¡Cómo! ¿con su mujer?

—Sin duda; es demasiado buen padre de familia para vivir enteramente solo.

—¿Y está usted seguro de eso?...

—¡Pardiez! ¿Dónde quiere usted que haya encontrado doce mil pesetas?

Federico dió dos ó tres vueltas por la habitación; jadeante, mordiéndose los labios, y por fin cogió su sombrero.

—¿Dónde vas?—dijo Rosanette.

No respondió y desapareció.